

Diario de un
HOMBRE SUPERFLUO

Iván Turguénev

Diario de un
HOMBRE SUPERFLUO

Traducción del ruso de
Marta Sánchez-Nieves

Prólogo de
Juan Eduardo Zúñiga

Nørdicalibros

Título original:

Dnevnik pishneg chepoveka

© De la traducción:

Marta Sánchez-Nieves

© Del prólogo:

Juan Eduardo Zúñiga

© De esta edición:

Nórdica Libros S. L.

C/ Doctor Blanco Soler, 26 · 28044 Madrid

Tlf: (+34) 917 055 057

info@nordicalibros.com

Primera edición: junio de 2024

ISBN: 978-84-10200-47-0

DEPÓSITO LEGAL: M-11971-2024

IBIC: FA

THEMA: FBA

Impreso en España / *Printed in Spain*

Gracel Asociados (Madrid)

Diseño:

Nacho Caballero

Maquetación:

Diego Moreno

Corrección ortotipográfica:

Victoria Parra y Ana Patrón

Imagen de cubierta:

Journal des Dames et des Modes, 1828

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra solo puede
ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista
por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos
Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o
escanear algún fragmento de esta obra.

ENCUENTRO CON IVÁN TURGUÉNEV

Cuando aún estaban en mis manos los libros infantiles, me llegó casualmente —como ocurre siempre en los acontecimientos decisivos— una novela de Iván Turguénev cuya lectura me extrañó y me sedujo. Desde aquel día su nombre estuvo en mi conciencia, acaso colaborando a formar, con otros factores, un carácter y una sensibilidad ante los hechos de la realidad. Fue el primer paso en el conocimiento de su país, una Rusia antigua y remota de la que nadie en mi entorno sabía

nada. Conocimiento que logré a través, principalmente, de obras literarias, de magníficas inteligencias creadoras que suscitaron en mí una adhesión afectiva a su cultura, su música, su gente de pasiones extremosas, su paisaje de distancias infinitas, de bosques vírgenes y aldeas silenciosas, su lengua inabarcable de musicales sonidos.

El presente ensayo sobre Iván Serguéievich Turguénev¹ tiene su razón de ser en mi interés por la biografía del escritor que me abrió, en edad muy temprana, el camino del mundo literario. Ha sido entre los escritores rusos, junto a Tolstói y Dostoievski, el mejor acogido en Occidente por la calidad literaria de su obra, que conserva hoy vigentes peculiaridades de la gran novela del siglo pasado, aun con los matices de la idealización romántica. Admirado y respetado, también su presencia física sorprendía:

«La puerta se abrió y apareció un gigante. Un gigante de cabeza plateada, como se diría en un cuento de hadas. Tenía largos cabellos blancos, gruesas cejas blancas, una gran barba blanca, de un blanco plata, brillante, iluminado de reflejos; y en esta blancura, un rostro tranquilo, con rasgos algo fuertes: una verdadera cabeza de río *derramando sus ondas* o, mejor aún, una cabeza de padre eterno. Su cuerpo era alto, ancho, macizo, sin ser grueso, y este coloso tenía gestos de niño, tímidos y reprimidos.

¹ El texto de presentación «Encuentro con Iván Turguénev» es el primer capítulo del libro de Juan Eduardo Zúñiga *Las inciertas pasiones de Iván Turguénev*, Alfaguara: Madrid, 1996. (*N. del E.*).

Hablaba con una voz muy dulce, un poco blanda, como si la lengua se moviese difícilmente. Algunas veces dudaba buscando el vocablo preciso en francés para expresar su pensamiento, pero siempre lo encontraba con una sorprendente justeza, y esa ligera vacilación daba a su palabra un encanto particular».

Así era Turguénev, tal como lo describió Guy de Maupassant, y así lo conocieron, hace poco más de un siglo, muchos europeos. De Europa fue huésped casi media vida y su arte tiene mucho de elaboración de la cultura occidental, con la que se identificó. Su extensa obra se corresponde con una vida especialmente compleja que, cuando se descubre, atrae como una experiencia insólita.

La aproximación a Iván Turguénev revela a un escritor magistral por su destreza para analizar los entresijos del alma humana, por sus invenciones verosímiles, por lo problemático de su psicología y por los aspectos reservados de su obra; de ella brota un sutil aliento de dolor íntimo, de frustración y melancolía, que puede modificar el concepto habitual existente acerca de este creador. Turguénev, que muchas veces ha sido considerado el autor más equilibrado de la literatura rusa, modelo de serenidad formalista, de moderación, aparece, a la luz de ciertas indagaciones biográficas, bajo el peso atormentador de unas Erinias implacables. La imagen convencional de este escritor es la de un literato famoso que viajó sin descanso, siempre en busca de un hogar que únicamente encontraba en el de un matrimonio amigo, a

cuya esposa —Paulina García de Viardot— amó en secreto durante cuarenta años; un noble ruso sometido a esta célebre cantante de origen español, alejado de su patria, de la que sin cesar escribe, liberal partidario de reformas y, a la vez, cronista de las viejas estructuras de su clase, ya en decadencia... Sin embargo, un estudio que confronte y establezca conexiones entre vida afectiva y obra literaria puede revelar aspectos de una personalidad conflictiva, insospechada, que escapó a la fácil identificación porque el autor la enmascaró bajo apariencias circunstanciales.

A penetrar este aspecto caracterológico de la personalidad del escritor ruso tiende el presente ensayo, a establecer una interconexión entre datos biográficos no sistematizados suficientemente. Con este fin se utilizan aquí cartas y fragmentos de la abundante correspondencia de Turguénev en relación con momentos de su vida, así como citas de sus novelas y narraciones fundamentales. Estas conservan un prestigio universal pese a los cambios que ha sufrido en los últimos cien años la expresión literaria. Especialmente ahora, cuando la literatura tiende a no relatar una historia lineal, podría parecer que la técnica y los argumentos de Turguénev están muy distantes del gusto actual. Sin embargo, la edición de sus obras es frecuente y sus títulos más conocidos —*Humo*, *Lluvias de primavera*, *Padres e hijos*— no dejan de figurar en muchos catálogos. Incluso en España, donde apenas tuvieron resonancia las literaturas eslavas, se hacen con regularidad ediciones de sus obras y, lo que es más

insólito, adaptaciones de estas en televisión, sistema que parecería el más opuesto a su forma de narrar. Esta aceptación se dio, no obstante la mediocre calidad de las traducciones disponibles, ya en la primera mitad de siglo, como recuerda Antonio Machado al opinar sobre literatura rusa: «Traducida, y mal traducida, ha llegado a nosotros. Sin embargo, decidme los que hayáis leído una obra de Turguénev —*Nido de nobles*—, o de Tolstói —*Resurrección*— o de Dostoievski —*Crimen y castigo*—, si habéis podido olvidar la emoción que esas lecturas produjeron en vuestras almas».

Aún con mayores dimensiones existe este interés por Turguénev en países como Inglaterra, Alemania o Francia, donde hay prestigiosos turguenevistas y es constante la aparición de trabajos que estudian particularidades relacionadas con él o con su obra, sin necesidad de mencionar, por obvio, su país natal, donde Turguénev ha tenido innumerables especialistas, ediciones y millones de ejemplares vendidos. La investigación sobre Turguénev es extensa y minuciosa: ha llegado a reconstruirse con una precisión rigurosa la historia de sus amistades, sus viajes, opiniones y afectos; el proceso de realización de sus obras, la genealogía de las familias materna y paterna; se ha identificado a las personas que le sirvieron para dar cuerpo a sus personajes e incluso conocemos los libros que leía de niño. Su enorme correspondencia, junto con los recuerdos de sus contemporáneos, ha posibilitado establecer los menores detalles de su vida.

A lo largo de esta y de sus cuarenta años de actividad literaria, se advierte el perseverante trabajo que llevó a cabo para recrear su pasado o bien para evidenciarlo tal como fue. Por esta razón, Turguénev es un adelantado en la configuración de la obra literaria con sedimentos muy profundos de la propia existencia, e incluso la parte menos importante de sus escritos está entretejida de matizaciones de este origen que al ser espejo de sí mismo lo eran también de los hombres de su tiempo. Acaso nunca supo que estaba haciendo un verdadero historial clínico de su época y de sus personajes; detalló en las páginas de sus novelas y relatos no solo caracteres cotidianos, aunque pictóricos de interés, sino procesos psíquicos y secuencias obsesivas que ejemplifican un tipo mental generalizado en todas las épocas.

Pero su obra no se limita a esta prospección en el dominio intimista, sino que igualmente vigiló el trasfondo de costumbres, dentro del propósito cívico común a los escritores rusos —desde Pushkin hasta Chéjov— de poner luz en las tinieblas de su tiempo. Turguénev fue testigo de la lenta ruina de la nobleza rusa, aunque distanciado de ella por poderosas razones. Distanciamiento que le permitió captar los rasgos básicos de los rusos del siglo pasado y, al introducirlos en su literatura, escribir una larga historia que ayuda a conocer los orígenes de la Rusia actual.

JUAN EDUARDO ZÚÑIGA

Aldea de Ovechi Vody, 20 de marzo de 18...

El médico acaba de irse. ¡Al fin lo he conseguido! Por más astucias que haya intentado, al final no le ha quedado más que expresar su opinión. Sí, moriré pronto, muy pronto. Los ríos se deshelerán y, a toda luz, la corriente me llevará junto con las últimas nieves... ¿a dónde? ¡Dios sabrá! También al mar. En fin, ¡qué se le va a hacer! Ya que hay que morir, que sea en primavera. Aunque puede que sea ridículo empezar un diario dos semanas antes de morir, ¿no? ¡Vaya por lo que me preocupó! Y ¿en qué son menos catorce días que catorce años, que catorce siglos? Dicen que ante la eternidad

todo son naderías, sí, pero en este caso la misma eternidad es una nadería. Me parece que me estoy dejando llevar por especulaciones, es una mala señal: ¿no me estaré acobardando? Mejor será que cuente algo. Afuera hay humedad, sopla el viento, tengo prohibido salir. ¿Qué puedo contar? Un hombre decente no habla de sus enfermedades; componer una novela corta, no, no es para mí; para deliberar sobre asuntos elevados no me alcanzan las fuerzas; describir la cotidianidad que me rodea ni siquiera me entretiene; pero me aburre no hacer nada, y me da pereza leer. ¡Oh! Voy a contarme mi propia vida. ¡Una idea magnífica! Justo antes de morir se considera correcto y no va a molestar a nadie. Empiezo.

Nací hace unos treinta años de unos terratenientes bastante ricos. Mi padre era un jugador apasionado, mi madre, una mujer de carácter..., una mujer muy virtuosa. Solo que no he conocido a una mujer a la que ser virtuosa le causara menos placer. Había caído bajo el peso de sus méritos y atormentaba a todos, empezando por ella misma. En el transcurso de sus cincuenta años de vida no descansó ni una sola vez, no se cruzó de brazos; pululaba continuamente atareada, cual hormiga, y sin ningún beneficio, algo que no puede decirse de una hormiga. Un gusanillo inquieto la consumía día y noche. Solo en una ocasión la vi completamente tranquila, y fue precisamente el primer día después de su muerte, en el ataúd. Ciertamente que, al mirarla, me pareció que su cara expresaba cierto asombro; como si en sus labios semiabiertos, en sus mejillas hundidas y en sus ojos

dócilmente inmóviles flotaran las palabras: «¡Qué bien se está sin moverse!». Sí, de acuerdo, ¡está bien desprenderse al fin de la conciencia abrumadora de la vida, del sentimiento obsesivo e inquieto de la existencia! Pero no se trata de eso.

Tuve una infancia mala y triste. Mi padre y mi madre me querían, pero eso no me lo hizo más fácil. Mi padre, como persona entregada a un vicio vergonzoso y ruinoso, no tenía ningún poder ni ningún valor en su propia casa; era consciente de su caída y, sin fuerzas para dejar su pasión querida, intentaba al menos merecerse —con aspecto siempre cariñoso y modesto, con humildad complaciente— la indulgencia de su ejemplar mujer. Mi madre, en efecto, sobrellevaba su desgracia con esa longanimidad de la virtud tan magnífica y espléndida que tenía mucho de orgullo y amor propio. Nunca reprochó nada a mi padre: en silencio le entregaba el dinero que le quedaba y pagaba sus deudas; él la ensalzaba cuando estaba con ella y en su ausencia, pero no le gustaba quedarse en casa y a mí me mimaba a escondidas, como si temiera contagiarme solo con su presencia. Y entonces sus rasgos descompuestos respiraban tal bondad, la mueca febril de sus labios era sustituida por una sonrisa tan conmovedora, sus ojos marrones rodeados de arrugas finitas brillaban con tanto amor que, involuntariamente, pegaba mi mejilla a la suya, húmeda y cálida por las lágrimas. Yo secaba con mi pañuelo esas lágrimas y ellas volvían a derramarse, sin esfuerzo, como el agua de un vaso lleno. Yo también comenzaba a

llorar y él me consolaba, me acariciaba la espalda, sus labios temblorosos me llenaban la cara de besos. Todavía ahora, veintitantos años después de su muerte, cuando recuerdo a mi pobre padre, unos sollozos mudos me suben a la garganta y el corazón me late, me late con tanta fuerza y amargura, se consume con una lástima tan angustiosa, como si todavía le quedara mucho tiempo por latir y algo por lo que sentir lástima.

Mi madre, por el contrario, siempre se dirigía a mí de la misma forma, dulce pero fría. En los libros infantiles suelen encontrarse estas madres, sentenciosas y rectas. Ella me quería, pero yo a ella no. Así es, rechazaba a mi virtuosa madre y quería a mi padre con todo mi ser.

Pero es suficiente por el día de hoy. El principio ya lo tengo y por el final, sea el que sea, no tengo que preocuparme. De él se encarga mi enfermedad.

21 de marzo

Hoy hace un tiempo extraordinario. Es un día cálido, claro; el sol juega alegre con la nieve derretida; todo brilla, humea, gotea; los gorriones gritan como locos junto a las vallas oscuras empañadas; el aire húmedo me irrita el pecho dulce y terriblemente. ¡La primavera, la primavera ha llegado! Estoy sentado debajo de la ventana y miro más allá del río, al campo. ¡Oh, Naturaleza, Naturaleza! Te quiero tanto, y de tus entrañas salí yo incapaz incluso para la vida. Ahí salta un gorrión macho con las alas desplegadas; chillaba y cada sonido de su voz, cada pluma erizada de su pequeño cuerpo, respira salud y fuerza...

Y ¿qué puede deducirse aquí? Nada. Él está sano y tiene derecho a gritar y a erizar las plumas, mientras que yo estoy enfermo y he de morir, eso es todo. No merece la pena hablar más de esto. Y los llamamientos lagrimosos a la Naturaleza son cómicos y absurdos. Regresemos a la narración.

Como ya se ha dicho, tuve una infancia muy mala y triste. No tuve hermanos ni hermanas. Me educaron en casa. ¿A qué se habría dedicado mi madre si me hubieran entregado a un internado o a alguna institución del Estado? Para eso son los niños, para que los padres no se aburran. Vivíamos sobre todo en la aldea, a veces íbamos a Moscú. Tuve preceptores y maestros, como es costumbre; en mi memoria se ha quedado, sobre todo,

un alemán raquítrico y lacrimoso, Rickmann, un ser increíblemente triste y abatido por el destino, al que en vano consumía la penosa nostalgia por su lejana patria. Mi tío Vasili, apodado Gusynia, solía sentarse junto al horno, en el ambiente terriblemente cargado de la estrecha antesala, impregnada por completo de olor ácido a *kvas*² añejo, sin afeitarse y con su eterno caftán cosaco de arpillera azul, bueno, pues se sentaba ahí y jugaba a las cartas, al reto, con Potap, el cochero, quien acababa de estrenar zamarra de piel de oveja, blanca como la espuma, y botas irrompibles engrasadas con lardo, mientras Rickmann cantaba al otro lado del tabique:

Herz, mein Herz, warum so traurig?

Was bekümmert dich so sehr?

S'ist ja schön im fremden Lande.

*Herz, mein Herz, was willst du mehr?*³

Tras la muerte de mi padre nos trasladamos definitivamente a Moscú. Yo tenía entonces doce años. Mi padre murió por la noche, de un ataque. No olvidaré esa noche. Yo dormía profundamente, como suelen dormir

² Bebida rusa de muy baja graduación, obtenida de la fermentación de pan de centeno y frutas. (*Esta nota y las siguientes son de la traductora*).

³ ¿Por qué estás tan triste, corazón? / ¿Qué es eso que tanto te desespera? / Se está bien en tierra extranjera. / ¿Qué más puedes pedir, corazón? (Traducción del alemán de Carlos Fortea).

todos los niños; pero recuerdo que incluso en sueños me parecía sentir un ronquido fuerte y regular. De repente siento que alguien me agarra y me tira del hombro. Abro los ojos, enfrente está mi tío. «¿Qué pasa?...». «Levántese, levántese, Alekséi Mijáilych se muere...». Me levanto de la cama y voy como loco al dormitorio. Miro y veo a mi padre echado con la cabeza hacia atrás, todo rojo, jadeando penosamente. En la puerta se agolpaba la gente con cara atemorizada; en la antesala, una voz afónica preguntó: «¿Han mandado llamar al doctor?». En el patio sacan un caballo de las cuadras, el portalón chirría; una vela de sebo arde en el suelo de la habitación, donde también se consume mi madre, sin perder, por cierto, ni el decoro ni la conciencia de su dignidad. Yo me lancé al pecho de mi padre, lo abracé, empecé a balbucear: «Papá..., papaíto...». Él yacía inmóvil y entornaba los ojos de forma un tanto extraña. Lo miré a la cara: un horror insoportable me cortó la respiración, el miedo me hizo piar como un pajarillo al que han atrapado con brusquedad; me agarraron y me arrastraron lejos de él. Todavía la víspera, como si hubiera sentido la cercanía de su muerte, me había regalado con tanto ardor y melancolía. Trajeron a un médico somnoliento y con carraspera, con un fuerte olor a vodka de apio de monte. Mi padre murió bajo su sangradera y al día siguiente yo, completamente atontado por el dolor, estaba con una vela en las manos delante de la mesa en la que yacía el difunto mientras oía sin entender el cerrado cantar del salmista, interrumpido de vez en cuando por

la voz débil del sacerdote. Las lágrimas me caían continuamente por las mejillas y los labios, por el cuello y la pechera. Me ahogaba en lágrimas, miraba con insistencia, con atención miraba el rostro inmóvil de mi padre, como si esperara algo de él. Y mi madre, entretanto, se arrodillaba y besaba el suelo, se ponía en pie despacio y, santiguándose, estrechaba con fuerza los dedos contra la frente, los hombros, el estómago. En mi cabeza no había ni un solo pensamiento; estaba entumecido por completo, pero sentía que me estaba ocurriendo algo terrible... La muerte me había mirado a la cara y había reparado en mí.

Al morir mi padre, nos mudamos a Moscú por una razón muy sencilla: toda nuestra heredad fue subastada por deudas, literalmente todo, excepto una pequeña aldea, la misma en la que ahora estoy poniendo fin a mi espléndida existencia. Confieso que, aunque era pequeño, me puse triste por la venta de nuestro nido; bueno, en realidad, solo fue por nuestro jardín. A ese jardín estaban unidos mis pocos recuerdos felices; una tarde tranquila de primavera enterré aquí a mi mejor amigo, un perro viejito y rabón con las patas torcidas, Triksa; aquí, escondido entre la hierba alta, solía comer manzanas robadas, unas rojas y dulces de Nóvgorod; y, por último, aquí vi por primera vez, entre los arbustos de frambuesas maduras a la doncella Klavdia, quien, a pesar de su nariz chata y de su costumbre de reírse cubriéndose con el pañuelo, prendió en mí una pasión tan dulce que en su presencia yo apenas respiraba, me quedaba inmóvil y

sin palabras, y una vez, un domingo claro, cuando le llegó el turno de besar mi mano señorial, por poco no me arrojó a cubrir de besos sus borcegués de cabra destacados. ¡Dios mío! ¿De verdad han pasado veinte años? ¿Hace tanto que yo montaba mi caballo alazán y peludo, siguiendo el viejo seto de nuestro jardín, y que, de pie sobre los estribos, arrancaba las hojas bicolors de los álamos? Mientras el hombre vive, no percibe su propia vida; esta, como un sonido, se vuelve clara varios años después.

¡Ay, jardín mío! ¡Ay, caminitos cubiertos de hierba junto al pequeño estanque, donde yo pescaba gobios y carpas! Y vosotros, altos abedules de largas ramas colgantes, entre las que flotaba la cancioncilla tristona de un aldeano, interrumpida de desigual manera por los golpes de una telega, ¡a vosotros envió mi último perdón!... Al despedirme de la vida, solo a vosotros tenderé mis manos. Quisiera aspirar una vez más el frescor amargo de la artemisa, el olor dulce del alforfón en los campos de mi patria. Quisiera oír una vez más, a lo lejos, la humilde celebración de la campana rajada en nuestra iglesia parroquial; echarme una vez más a la sombra fresca de una encina en la ladera de un barranco familiar; seguir una vez más con la mirada el ligero rastro del viento, que camina como una corriente oscura por la hierba dorada de nuestro prado...

¡Ay!, y ¿qué sentido tiene todo esto? Pero hoy no puedo seguir. Hasta mañana.

22 de marzo

Hoy hace frío y se ha vuelto a nublar. Este tiempo es bastante más acertado. Acompaña más a mi trabajo. El día de ayer, completamente inoportuno, despertó en mí numerosos sentimientos y recuerdos innecesarios. No se repetirá más. Las efusiones sentimentales son como el regaliz: al principio lo chupas y parece que no está mal, pero después se queda un sabor desagradable en la boca. Empezaré a contar mi vida con sencillez y tranquilidad.

Así que nos mudamos a Moscú...

Pero me viene una idea a la cabeza: ¿seguro que merece la pena que cuente mi vida?

No, definitivamente no la merece. Mi vida no se diferencia en nada de la vida de otra mucha gente. La casa paterna, la universidad, el servicio en los grados bajos del escalafón, el cese, un pequeño círculo de conocidos, pobreza sencilla, placeres modestos, ocupaciones humildes, deseos moderados, tengan la bondad de decirme si hay alguien que no conozca nada de esto. Y por eso no voy a contar mi vida, tanto más porque escribo para deleite mío; y dado que hasta yo creo que mi pasado no tiene nada demasiado alegre, y ni siquiera demasiado triste, debe de ser que no hay nada digno de atención. Mejor intentaré exponer mi propio carácter.

¿Qué clase de persona soy?... Se me podría decir que esto tampoco lo ha preguntado nadie, y estoy de acuerdo. Pero me muero, se lo juro, me muero, y antes

de morir la verdad es que creo que es perdonable tener el deseo de saber qué clase de pájaro dicen que fui.

Habiendo reflexionado como es debido esta importante cuestión y sin tener, por lo demás, ninguna necesidad de expresarme con bastante amargura en lo que a mí se refiere, como suelen hacer las personas firmemente seguras de sus virtudes, he de confesar una cosa: en este mundo he sido un hombre completamente superfluo o, quizá, un pájaro completamente superfluo. Y estoy dispuesto a demostrarlo mañana, porque hoy tengo la misma tos que una oveja vieja y mi aya, Teréntievna, no me deja tranquilo: «Échese, padrecito, y tómese un té»... Sé por qué me atosiga: ella es quien quiere ese té. Bueno, ¿por qué no?... ¿Cómo no permitir que una pobre vieja saque todo el provecho posible de su señor?... Mientras haya tiempo.

23 de marzo

Invierno otra vez. Nieva copiosamente.

Superfluo, superfluo... He encontrado la palabra perfecta. Cuanto más me interno en mí mismo, cuanto más atentamente contemplo mi vida pasada, más me convenzo de la dura verdad de la expresión. Superfluo, eso es. Esta palabra no se ajusta a otras personas... Hay gente mala, buena, inteligente, tonta, agradable y desagradable, pero superflua..., no. Bueno, entiéndanme, el universo también podría pasar sin esas personas, claro; pero la inutilidad no es su cualidad principal, no es lo que les distingue, y si ustedes hablan de ellos, la palabra *superfluo* no es la primera que les viene a la lengua. Pero yo..., de mí no se puede decir ninguna otra cosa: superfluo, nada más. Un excedente, eso es todo. Es evidente que la Naturaleza no contaba con mi aparición y, en consecuencia, se comportó conmigo igual que con un huésped no esperado ni invitado. No en vano un burlón, un gran aficionado al *préférence*, decía que mi madre se quedó zapatera conmigo. Yo ahora digo lo mismo de mí, sin rabia alguna... ¡Es cosa del pasado! Continuamente, toda mi vida, he encontrado ocupado mi lugar, quizá porque buscaba ese lugar donde no debía. Como todos los enfermos, era receloso, vergonzoso, irascible; por lo demás, probablemente a causa de mi superfluo amor propio o, en general, a consecuencia de la desgraciada composición de mi persona, entre mis sentimientos y mis pensamientos —y la expresión

de esos sentimientos y pensamientos— había un obstáculo absurdo, incomprensible e insuperable; y cuando a la fuerza me decidía a vencer ese obstáculo, a romper esa barrera, entonces mis movimientos, la expresión de mi cara, todo mi ser, adquiría un aire de penosa tensión; pero no era solo apariencia, en verdad me volvía afectado y tenso. Yo me daba cuenta y me apresuraba a encerrarme en mí mismo de nuevo. Y entonces en mi interior se disparaba una terrible alarma. Me analizaba hasta la saciedad, me comparaba con otros, recordaba la más mínima mirada, sonrisa, palabra de la gente ante la que quería abrimme, interpretaba todo de mala manera, me reía sarcástico de mis pretensiones de ser como todos y, de repente, entre la risa, me derrumbaba abatido, caía en una melancolía ridícula, y otra vez volvía a las andadas; en resumen, daba vueltas como una ardilla en una rueda. Pasaba días enteros en esa ocupación penosa, infructuosa. Y ahora, tengan la bondad de decirme, díganmelo: ¿quién y para qué necesita a un hombre así? ¿Por qué me pasaba eso, cuál es la causa de estas minuciosas tareas que me traigo? ¿Alguien lo sabe? ¿Alguien me lo dirá?

Recuerdo que en cierta ocasión salía de Moscú en diligencia. El camino era bueno y al tiro de cuatro caballos el cochero enganchó uno de refuerzo en un lateral. Este infeliz caballo, el quinto y completamente inútil, atado de cualquier forma a la delantera con una cuerda gruesa y corta, que le hiere implacable el muslo, le roza el rabo, le obliga a correr de una forma nada natural y

da a todo su cuerpo el aspecto de una coma, siempre me provoca una profunda lástima. Le hice notar al cochero que, quizá, esta vez podíamos pasar sin ese quinto caballo... Él guardó silencio, se echó el sombrero hacia atrás, con calma fustigó unas diez veces el vientre hinchado, pasando por encima del delgado lomo, y no sin malicia dijo: «Ya ve, ¡pues parece que ha llegado! ¡Qué diablos!».

Y yo también llegué... Sí, gracias a que la estación no estaba lejos.

Superfluo... He prometido demostrar la exactitud de esta opinión mía y cumpliré mi promesa. No considero necesario mencionar los miles de pequeñeces, los incidentes y sucesos diarios que, por lo demás, a ojos de cualquier persona con cabeza podrían servir de pruebas irrefutables a mi favor, es decir, a favor de mi punto de vista. Mejor empezaré directamente con un suceso bastante importante, después del cual es probable que ya no quede ninguna duda sobre la precisión de esa palabra: *superfluo*. Repito, no me propongo entrar en detalles, pero no puedo guardarme una circunstancia bastante curiosa y admirable: la extraña forma en que me trataban mis amigos (sí, también yo he tenido amigos) cada vez que me los encontraba o incluso si pasaba a verlos. Parecían sentirse incómodos; al encontrarse conmigo, era como si no sonrieran de forma completamente natural, no me miraban a los ojos o a los pies, como hacen otros, sino a las mejillas, me estrechaban la mano con prisa, y con prisa decían: «¡Ah, hola, Chulkaturin!» (el destino me dispensó el favor de ese nombre) o «Anda,